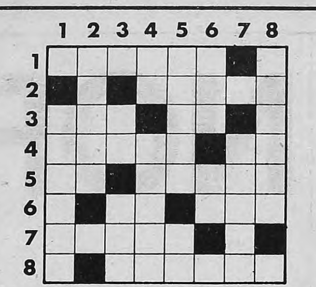
Con censura 8

Las palabras que corresponden a las definiciones se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra, siempre la misma, que debe saltearse cada vez que aparece. Ejemplo: si la letra censurada fuera la R, una palabra como PERRERA entraría en el cuadro como PEEA.



HORIZONTALES

1. Turbación del juicio, repentina y pasajera.
2. Parte exterior del oído, pl.
3. Canto para adormecer a los niños. / Símbolo químico del molibdeno.
4. Atrasa, demora. / Labre la tierra.
5. Juego chino de tablero. / Rodaja movediza en que termina la espuela.
6. Tejido de mallas. / Raspan la superficie de una cosa.
7. Arbol leguminoso, variedad de acacia, pl.
8. Refregase fuertemente la piel con las uñas.

VERTICALES

1. Modifican, reforman una cosa.
2. Distante, apartado.
3. Habla en público. / Impulsa la embarcación con el remo.
4. Corriente de agua. / Que no oyen bien.
5. Piedras preciosas. / Símbolo químico del escandio.
6. Primer color del espectro solar. / Epoca.
7. Ladrones que hurtan cosas de poco valor.
8. Aguardan.

SOLUCION 7

Letra censurada: La V.
Horizontales: 1) Vate / Elo. 2) Caravana. 3) Aparecer. 4) Vena / Ese. 5) Atinar. 6) Leve / Vos. 7) Gaviota. 8) Trono / Ar.
Verticales: 1) Vaca / Valet. 2) Tapete. 3) Veraniego. 4) Aran / Van. 5) Ave / Varió. 6) Vencer. 7) Laves / Vota. 8) Revisar.

LA PALABRA DEL AMOR

(Por Miguel Briante) Hay sueños de verano que son para el invierno. Hay una palabra popular que alude al miembro viril masculino y aunque tiene apenas cuatro letras, no suele ser pronunciada en las mesas bien, ni escrita en los diarios, ni pronunciada por niñas menores de diecisiete años. "Dieciséis —punteó el Vasco, volviendo de entre los médanos, en Pinamar, a eso del crepúsculo—. Dieciséis, queridos. Nosotros no lo creíamos pero todavía existen: tiene todos los dientes, las muelas". Le preguntábamos por la piel, por algún movimiento, no precisamente por las ideas, que estarían en ciernes. El Vasco había pasado los cuarenta. Eran tiempos duros, como siempre: ya desde el gin-tonic de la mañana se la veía pasar, caminando, sola y parecía que se había puesto los pantaloncitos de baño como quien se pone un viso —viso, como se decía antes de que los vendieran en San Telmo como vestidos— al desgaire. Iba hasta la vuelta de Ostende y volvía hasta el Golf, se supone. "Familia tradicional", clavó uno, y al Vasco se le hicieron más azules los ojos.

La primera dificultad —después de la oportunidad cero, que fue manotearle caballo como si se le fuera a desbocar, una de todas las tardes en que ella galopaba, libre pero mirando, por el mismo camino que había hecho a la mañana— era el comisario Miguelito, una especie de López Rega de los Bunge, que en ese tiempo mandaban todo, y lo habían pasado de sargento a comisario. Nos miraba, Miguelito: oscuros uniformados de bigote cumpliendo órdenes venían a pedir documentos cuando el restaurante, mientras rompía la rompiente, se hacía bar, barra. A los Bunge no les gustaban los nuevos: menores no, baile no. Así que a ella nunca la vimos de noche. Le hacíamos de campana al Vasco, cuando se iban furiosamente en los médanos y hasta silbábamos de un modo especial. Pero en la tarde, todo era legal. Los hombres de Miguelito vigilaban las playas, y nosotros tomábamos los primeros whiskies en Serenella, sobre la Avenida Bunge, asfalto. Vino el mozo a tomar los pedidos, una tarde, cuando descubrimos el problema del Vasco: "Traéte unos maníes, unos mejillones, unas rabas, —dijo, y después de un silencio, agregó, tomándole los hombros a la niña— y unas pijitas". La niña se puso colorada; recriminamos al Vasco, con la vista, y después, cuando ella agarró su paso de siempre y se fue a la casa de sus padres supimos que todo el mes iba a ser así. Le había dicho que el comisario Miguelito lo andaba buscando en un renuncio y que si los agarraban le correspondía corrupción de menores, le había enseñado todo, los trucos del amor gimnástico y del amor verbal. Pero había una palabra, la brutal, la que no alcanzaba a arrancarle en el momento crucial. Pocas líneas para una historia de amor. Para una historia de amor que era del Vasco pero ya era de todos. Porque los padres, en marzo, la mandaban a Europa, a un colegio inglés, y nunca —ni él, ni nosotros, sobre todo él— la íbamos a volver a ver. "No se lo puedo hacer decir —decía el Vasco—, no se lo puedo hacer decir."

La última escena ocurre en la última siesta de un febrero que bien pudo haber sido el último para todos. Es en aquella estación de ómnibus que ya no está, en Pinamar. Todos han subido al Río de la Plata, el micro, y ella también. El Vasco la miraba, despatarrado en el banco largo que recorría el pequeño refugio para la lluvia. No llovía, y el sol, y el silencio total. Ella había conseguido un asiento del lado de la ventanilla, y lo miraba. No se iban a volver a ver. Ya no importa lo que le pasó a la chica, entre el pasaje, durante las ocho horas de viaje y la semana en que el Vasco se encerró en la casilla, pensando en eso. Importa que el Vasco, en el lenguaje semimudo de los que no son mudos, le silabeó, con los labios, despacio, primero la p, después la i, después la jota y, tras un suspenso, la a. Y que en el silencio, justo antes de que el ruido del motor matara todo, ella, la niña, gritó dos, tres, cuatro veces, la palabra total.

Alejandro Elías

NORRKÖ[...]
EN S[...]

Por Marcelo Cohen

Admirador de Henry James y Wallace Stevens, a quienes tradujo, Marcelo Cohen vive desde hace doce años en Barcelona. De su obra, una de las más considerables de la literatura argentina, se destacan las novelas *Insomnio* y la recientemente aparecida *El sitio de Kelany*. Este relato, exclusivo para Página/12, muestra su mundo.

Erguida y ligera, los pómulos esquivos a la basura que flotaba, Peti avanzó por una vereda del barrio Celebración dejando sobre los escombros un trazo de lapicera. Era una mañana de huelga general, de una de las muchas huelgas anodinas que se confabulaban para entorpecerle el trabajo, y aunque no fuese demasiado tarde Peti daba de vez en cuando un salto rápido, no sólo para esquivar los pozos sino para acabar cuanto antes con ese recado en los confines del desahucio. Como si la música pudiera neutralizar el tufo a quinina que exhalaban las fábricas, Peti silbó una canción sentimental. El silbido se hizo sombra húmeda sobre una hilera de viejos narcotizados por el sol y fue a morir en el umbral de un monoblock. Había una mujer ocupada en barrer. Peti hizo visera con la mano para leer la placa donde el nombre de la calle, Corso Poniente, sobrevivía aún a las lluvias ácidas, buscó el número 42 y entró al edificio, más bien bajo.

En la penumbra del tercer rellano sacó un espejo de la cartera para retocarse la pintura de los labios, deliberada y suspirante como una actriz de reparto ante su enésimo reemplazo. Estaba insatisfecha, así que cargó los ojos con delineador y las mejillas con carmín, y sólo después de estirarse bien la minifalda reglamentaria pegó la oreja a la puerta C. Adentro, el golpeteo suave de un teclado de plástico sofocaba el bufido de varias canillas mal cerradas. Peti tocó el timbre. El golpeteo cesó. Un cuarentón en mangas de camisa, no grueso, tampoco hinchado, sino espeso de musculatura floja, abrió la puerta con el ímpetu bamboleante del que arrastra un fardo. No bien distinguó los hombros de Peti contra los breteles blancos se llevó la mano a la boca. Peti dio un paso adelante.

—Dios mío. ¿Señorita?

Porque sabía que sus dientes solían tranquilizar a la clientela, Peti sonrió hasta que el hombre se avino a franquearle la entrada. Pronto estuvieron en una sala afiebrada de tan limpia. Había olor a café y libros ordenados sobre mesas rodantes, dos cuadros sin marco y un diván raído.

—¿El profesor Miguel Remis?

—No estoy acostumbrado a oír el nombre. Pero sí, soy yo.

—¿Es cierto que hoy es su cumpleaños?

El hombre se rascó la cabeza.

—Lamentablemente es cierto.

—Muy bien. Entonces permítame.

Con una nerviosa soltura Peti apretó el cuerpo contra el del hombre y le ofreció la boca; pero él no reaccionaba y tuvo que agarrarle la cabeza con las manos para regalarle breves besos secos y sólo mucho después, cuando ya se reía como un papanatas, el lánguido, resbaloso y hurgador beso de medio minuto que precisaban las normas. Apenas el hombre reaccionó tanto como para acariciarle la nuca, Peti procedió a separarse. Sonriendo, se frotó los labios uno contra otro.

—Ana Luisa Perelman le desea que los cumpla muy, muy feliz.

—¿Feliz? ¿Quién dice? —balbuceó el profesor Remis.

Peti esperó. Era medio tuerto, el hombre, o tenía un párpado caído. No obstante, estaba bien afeitado y olía a ungüento de mentol. Otra persona que no fuera Peti hubiera pensado que parecía un hombre con asterisco; al pie, casi invisible, debía de haber una nota aclaratoria.

—Ana Luisa Perelman. De Norrköping, en Suecia.

—¿Ella me manda esto? ¿Ana Luisa?

—Alégrese. Es su cumpleaños, ¿no? La compañía de mensajes La Mercuriana me envía como intermediaria entre la señorita Perelman y usted. El texto —Peti sacó de la cartera un doble formulario azul— dice exactamente esto: "Un tierno corazón que oprime lo precario, recoge todo el vértigo del pasado encendido. Te recuerdo. Ana Luisa"

—Son versos de Baudelaire.

—¿Todo?

—No, sólo la primera parte.

Peti, que empezaba a pensar con hastío en los cuatro encargos que le quedaban, echó un vistazo a la habitación que había al otro lado de la única puerta de la sala. Junto a una cama angosta y bien tendida, sobre una mesa con caballetes, descansaba un ordenador conectado a un anacrónico televisor Zenith que hubiera podido esconder un enano en cuclillas. Maquinalmente separó el cupón del formulario.

—Tiene que firmarme aquí —dijo, y sacó una birome.

El profesor Remis firmó. Un brillo de plata vieja le cubría los ojos. La firma, Peti advirtió de paso, era un garabato sin solución.

—La pucha, doce años.

—¿Usted es científico?

—Algo así, señorita. Me ocupo de números.

—Bien, lo voy a dejar con su trabajo.

—No —aulló casi el profesor Remis—. No. No trabajaba; estaba intentando divertirme.

Peti cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Había olor a café, se dio cuenta. Una gota de sudor que le había nacido en la sien rodó hasta el cuello dejando una estría incolora en la capa de maquillaje. El profesor Remis jadeó como un hombre en un juzgado.

—Usted está cansadísima. ¿Quiere sentarse un momento?

—No, gracias. No nos permiten.

—No sea tonta, muchacha.

Generalmente, sabía Peti, la sorpresa maniataba la escasa amabilidad que los clientes estaban dispuestos a exhibir; y si la emoción de Remis no había logrado conmoverla, algo en la voz la impulsó hacia el diván. Es un *canapé*, se dijo. Sentada en el borde, las manos entre las rodillas, ofreció el perfil a la ventana que una cortina ennegrecida partía por la mitad. Remis acercó una silla.

—¿Usted conoce a Ana Luisa?

—No haga bromas. Trabajo en una oficina, a veinte minutos de tren.

—En Suecia debe ser invierno. ¿Quiere tomar algo?

Ella no contestó y Remis, a horcajadas en la silla, se permitió mirarle dolorosamente los muslos. Sin embargo Peti no sentía la borrascosa excitación de siempre sino un reclamo modesto y huraño que le daba pena pero también la trastornaba.

—Su empresa...

—La Mercuriana.

—Hace ocho años, señorita, que no sé nada de Ana Luisa Perelman, salvo que el silencio no es accidental y que probablemente piensa en mí algunas veces. Yo también pienso en ella, pero estoy cercado. ¿Tiene idea de por qué han mandado a una muchacha de...?

—Veintiuno. ¿No le parece bien? —Peti se tocó el pelo.

La mueca de Remis aleteó entre la aflicción y el horror. Por un rato contempló la perspectiva de barracones, tanques de gas y casas inacabadas que abarcaba la ventana.



NORRKÖPING, EN SUECIA

Por Marcelo Cohen

Admirador de Henry James y Wallace Stevens, a quienes tradujo, Marcelo Cohen vive desde hace doce años en Barcelona. De su obra, una de las más considerables de la literatura argentina, se destacan las novelas *Insomnio* y la recientemente aparecida *El sitio de Kelany*. Este relato, exclusivo para **Página/12**, muestra su mundo.

Erguida y ligera, los pómulos esquivos a la basura que flotaba, Peti avanzó por una vereda del barrio Celebración dejando sobre los escombros un trazo de lapicera. Era una mañana de huelga general, de una de las muchas huelgas anodinas que se confabulaban para entorpecerle el trabajo, y aunque no fuese demasiado tarde Peti daba de vez en cuando un salto rápido, no sólo para esquivar los pozos sino para acabar cuanto antes con ese recado en los confines del desahucio. Como si la música pudiera neutralizar el tufo a quinina que exhalaban las fábricas, Peti silbó una canción sentimental. El silbido se hizo sombra húmeda sobre una hilera de viejos narcotizados por el sol y fue a morir en el umbral de un monoblock. Había una mujer ocupada en barrer. Peti hizo visera con la mano para leer la placa donde el nombre de la calle, Corso Poniente, sobrevivía aún a las lluvias ácidas, buscó el número 42 y entró al edificio, más bien bajo.

En la penumbra del tercer rellano sacó un espejo de la cartera para retocarse la pintura de los labios, deliberada y suspirante como una actriz de reparto ante su enésimo reemplazo. Estaba insatisfecha, así que cargó los ojos con delineador y las mejillas con carmín, y sólo después de estirarse bien la minifalda reglamentaria pegó la oreja a la puerta C. Adentro, el golpeteo suave de un teclado de plástico sofocaba el bufido de varias canillas mal cerradas. Peti tocó el timbre. El golpeteo cesó. Un cuarentón en mangas de camisa, no grueso, tampoco hinchado, sino espeso de musculatura floja, abrió la puerta con el ímpetu bamboleante del que arrastra un fardo. No bien distinguó los hombros de Peti contra los breteles blancos se llevó la mano a la boca. Peti dio un paso adelante.

—Dios mío. ¿Señorita?

Porque sabía que sus dientes solían tranquilizar a la clientela, Peti sonrió hasta que el hombre se avino a franquearle la entrada. Pronto estuvieron en una sala afiebrada de tan limpia. Había olor a café y libros ordenados sobre mesas rodantes, dos cuadros sin marco y un diván raído.

—¿El profesor Miguel Remis?

—No estoy acostumbrado a oír el nombre. Pero sí, soy yo.

—¿Es cierto que hoy es su cumpleaños?

El hombre se rascó la cabeza.

—Lamentablemente es cierto.

—Muy bien. Entonces permítame.

Con una nerviosa soltura Peti apretó el cuerpo contra el del hombre y le ofreció la boca; pero él no reaccionaba y tuvo que agarrarle la cabeza con las manos para regalarle breves besos secos y sólo mucho después, cuando ya se reía como un papanatas, el lánguido, resbaloso y hurgador beso de medio minuto que precisaban las normas. Apenas el hombre reaccionó tanto como para acariciarle la nuca, Peti procedió a separarse. Sonriendo, se frotó los labios uno contra otro.

—Ana Luisa Perelman le desea que los cumpla muy, muy feliz.

—¿Feliz? ¿Quién dice? —balbuceó el profesor Remis.

Peti esperó. Era medio tuerto, el hombre, o tenía un párpado caído. No obstante, estaba bien afeitado y olía a ungüento de mentol. Otra persona que no fuera Peti hubiera pensado que parecía un hombre con asterisco; al pie, casi invisible, debía de haber una nota aclaratoria.

—Ana Luisa Perelman. De Norrköping, en Suecia.

—¿Ella me manda esto? ¿Ana Luisa?

—Alégrese. Es su cumpleaños, ¿no? La compañía de mensajes La Mercuriana me envía como intermediaria entre la señorita Perelman y usted. El texto —Peti sacó de la cartera un doble formulario azul— dice exactamente esto: "Un tierno corazón que oprime lo precario, recoge todo el vértigo del pasado encendido. Te recuerdo Ana Luisa"

—Son versos de Baudelaire.

—¿Todo?

—No, sólo la primera parte.

Peti, que empezaba a pensar con hastío en los cuatro encargos que le quedaban, echó un vistazo a la habitación que había al otro lado de la única puerta de la sala. Junto a una cama angosta y bien tendida, sobre una mesa con caballetes, descansaba un ordenador conectado a un anacrónico televisor Zenith que hubiera podido esconder un enano en cuclillas. Maquinalmente separó el cupón del formulario.

—Tiene que firmarme aquí —dijo, y sacó una birome.

El profesor Remis firmó. Un brillo de plata vieja le cubría los ojos. La firma, Peti advirtió de paso, era un garabato sin solución.

—La pucha, doce años.

—¿Usted es científico?

—Algo así, señorita. Me ocupo de números.

—Bien, lo voy a dejar con su trabajo.

—No —aulló casi el profesor Remis—. No. No trabajaba; estaba intentando divertirme.

Peti cambió el peso del cuerpo de una pierna a la otra. Había olor a café, se dio cuenta. Una gota de sudor que le había nacido en la sien rodó hasta el cuello dejando una estría incolora en la capa de maquillaje. El profesor Remis jadeó como un hombre en un juzgado.

—Usted está cansadísima. ¿Quiere sentarse un momento?

—No, gracias. No nos permiten.

—No sea tonta, muchacha.

Generalmente, sabía Peti, la sorpresa maniataba la escasa amabilidad que los clientes estaban dispuestos a exhibir; y si la emoción de Remis no había logrado conmoverla, algo en la voz la impulsó hacia el diván. Es un *canapé*, se dijo. Sentada en el borde, las manos entre las rodillas, ofreció el perfil a la ventana que una cortina ennegrecida partía por la mitad. Remis acercó una silla.

—¿Usted conoce a Ana Luisa?

—No haga bromas. Trabajo en una oficina, a veinte minutos de tren.

—En Suecia debe ser invierno. ¿Quiere tomar algo?

Ella no contestó y Remis, a horcajadas en la silla, se permitió mirarle dolorosamente los muslos. Sin embargo Peti no sentía la borrascosa excitación de siempre sino un reclamo modesto y huraño que le daba pena pero también la trastornaba.

—Su empresa...

—La Mercuriana.

—Hace ocho años, señorita, que no sé nada de Ana Luisa Perelman, salvo que el silencio no es accidental y que probablemente piensa en mí algunas veces. Yo también pienso en ella, pero estoy cercado. ¿Tiene idea de por qué han mandado a una muchacha de...?

—Veintiuno. ¿No le parece bien? —Peti se tocó el pelo.

La mueca de Remis aleteó entre la aflicción y el horror. Por un rato contempló la perspectiva de barracones, tanques de gas y casas inacabadas que abarcaba la ventana.



Al fondo había un velódromo. Remis desvió los ojos como si por la tribuna torcida se le precipitaran los pensamientos hacia una alcantarilla. Peti abrió la boca. El profesor Remis pareció alarmarse.

—¿Podría mandar un beso a Norrköping ahora mismo? ¿A... vuelta de correo? No sé si me entiende.

—Sí que le entiendo —los ojos celestes muy abiertos, Peti cruzó las piernas. Sobre el viejo tapizado esmeralda, los muslos relucieron como celofán—. Pero no tiene más remedio que ir a las oficinas de la empresa.

—Claro —Remis se levantó de golpe—. Claro.

En el diván había un resorte suelto y el tapizado se estaba haciendo áspero. Peti supuso que también ella debía levantarse.

—Voy a dejarlo trabajar.

—No, es mi cumpleaños. Escuche, si usted va para la oficina, a lo mejor puede esperarme un minuto. Iríamos juntos, digo.

—Tengo que entregar tres besogramas más, profesor, y hoy pasan poquísimos trenes.

Con un movimiento distraído Remis puso la silla contra la pared. Peti sintió la mirada oblicua en la boca, después en el cuello y en la insignia de La Mercuriana. Era un ejercicio leve e inquietante. La transfiguraba.

—Entonces permítame que la invite a cenar. Usted misma dijo que es mi cumpleaños.

Aunque la pregunta incluía una suerte de discreta comprensión, Peti supo que no iba dirigida a ella. En el otro cuarto, el ordenador lanzó un arduo chillido eslabonado.

—Perdóneme, profesor Remis, pero yo soy una empleada. Me controlan.

Caminaron hacia la puerta. Antes de que Remis llegara, Peti lo tomó de los hombros y volvió a besarlo, y esta vez permitió que él le robara la pintura de los labios. No obstante estaba envarado, pensó Peti. Una pasión de incógnito.

—¿Cómo es Norrköping, profesor?

—No sabe cómo me gustaría poder contestarle —dijo él, y sonrió.

Se despidieron. En la calle, acosada sin alevosía por la molicie de los viejos, Peti no consiguió ganar velocidad. Entendió, entonces: el Corso Poniente era otro, no porque se acercara la hora crítica de la huelga, sino porque el profesor Remis la había investido de otra mirada. Cincuenta metros antes de la vía, junto a una toma de agua que supuraba ahogadamente en el calor, se detuvo resollando. Le pareció que estaba en un lago o un dique, cerca de alguien que remaba. Los labios, doloridos, se le habían secado. El mundo estaba a punto de transformarse en lo que habría sido para el profesor Remis si la señorita Perelman no se hubiese ido nunca a Norrköping. Peti tuvo miedo de que esos dos la dejaran abandonada en un rincón de la postal. De lugares así tal vez fuese imposible salir.

Volvió corriendo al departamento. La puerta de madera tenía un barniz claro: rústico y sereno, se dijo Peti. Del otro lado, el martilleo se deshizo en un silencio de vacilación. El profesor Remis la miró halagado, sin asombro, como un diabético que recibe una enorme caja de bombones.

—Perdón, tiene que firmarme el recibo, profesor Remis.

—Creo que ya se lo firmé.

—Bueno —se rió Peti—. Pero traigo un mensaje de cumpleaños de Ana Luisa Perelman. ¿Sabe qué dice? "Acepto invitación cena".

Con cierto esfuerzo, como si tuviera el brazo entablillado, el profesor Remis estiró una mano para acariciarle el pelo. La puerta recuperó el lustre de ropa muy usada.

—Esta noche usted va a estar exhausta. Y de todos modos ya festejamos, ¿verdad? Por otra parte... Doce años no pasan de balde.

Cuando Peti salió a la calle, la bomba había dejado de supurar y entre olores de quinina y kerosene una mujer barría la vereda. Peti se enjugó el sudor del cuello con un pañuelo de papel. Habían anunciado que a las doce terminaría la huelga. Le hubiera gustado saber cómo eran los besos de Ana Luisa Perelman, pero para hacer esa pregunta no le alcanzaba el valor. Ahora me siento, se dijo, y me pinto un rato los labios. Mientras buscaba el espejo se puso a silbar una canción sentimental.

PING,
UECIA



Al fondo había un velódromo. Remis desvió los ojos como si por la tribuna torcida se le precipitaran los pensamientos hacia una alcantarilla. Peti abrió la boca. El profesor Remis pareció alarmarse.

—¿Podría mandar un beso a Norrköping ahora mismo? ¿A... vuelta de correo? No sé si me entiende.

—Sí que le entiendo —los ojos celestes muy abiertos, Peti cruzó las piernas. Sobre el viejo tapizado esmeralda, los muslos relucieron como celofán—. Pero no tiene más remedio que ir a las oficinas de la empresa.

—Claro —Remis se levantó de golpe—. Claro.

En el diván había un resorte suelto y el tapizado se estaba haciendo áspero. Peti supuso que también ella debía levantarse.

—Voy a dejarlo trabajar.

—No, es mi cumpleaños. Escuche, si usted va para la oficina, a lo mejor puede esperarme un minuto. Iríamos juntos, digo.

—Tengo que entregar tres besogramas más, profesor, y hoy pasan poquísimos trenes.

Con un movimiento distraído Remis puso la silla contra la pared. Peti sintió la mirada oblicua en la boca, después en el cuello y en la insignia de La Mercuriana. Era un ejercicio leve e inquietante. La transfiguraba.

—Entonces permítame que la invite a cenar. Usted misma dijo que es mi cumpleaños.

Aunque la pregunta incluía una suerte de discreta comprensión, Peti supo que no iba dirigida a ella. En el otro cuarto, el ordenador lanzó un arduo chillido eslabonado.

—Perdóneme, profesor Remis, pero yo soy una empleada. Me controlan.

Caminaron hacia la puerta. Antes de que Remis llegara, Peti lo tomó de los hombros y volvió a besarlo, y esta vez permitió que él le robara la pintura de los labios. No obstante estaba envarado, pensó Peti. Una pasión de incógnito.

—¿Cómo es Norrköping, profesor?

—No sabe cómo me gustaría poder contestarle —dijo él, y sonrió.

Se despidieron. En la calle, acosada sin alevosía por la molicie de los viejos, Peti no consiguió ganar velocidad. Entendió, entonces: el Corso Poniente era otro, no porque se acercara la hora crítica de la huelga, sino porque el profesor Remis la había investido de otra mirada. Cincuenta metros antes de la vía, junto a una toma de agua que supuraba ahogadamente en el calor, se detuvo resollando. Le pareció que estaba en un lago o un dique, cerca de alguien que remaba. Los labios, doloridos, se le habían secado. El mundo estaba a punto de transformarse en lo que habría sido para el profesor Remis si la señorita Perelman no se hubiese ido nunca a Norrköping. Peti tuvo miedo de que esos dos la dejaran abandonada en un rincón de la postal. De lugares así tal vez fuese imposible salir.

Volvió corriendo al departamento. La puerta de madera tenía un barniz claro: rústico y sereno, se dijo Peti. Del otro lado, el martilleo se deshizo en un silencio de vacilación. El profesor Remis la miró halagado, sin asombro, como un diabético que recibe una enorme caja de bombones.

—Perdón, tiene que firmarme el recibo, profesor Remis.

—Creo que ya se lo firmé.

—Bueno —se rió Peti—. Pero traigo un mensaje de cumpleaños de Ana Luisa Perelman. ¿Sabe qué dice? "Acepto invitación cena".

Con cierto esfuerzo, como si tuviera el brazo entablillado, el profesor Remis estiró una mano para acariciarle el pelo. La puerta recuperó el lustre de ropa muy usada.

—Esta noche usted va a estar exhausta. Y de todos modos ya festejamos, ¿verdad? Por otra parte... Doce años no pasan de balde.

Cuando Peti salió a la calle, la bomba había dejado de supurar y entre olores dequinina y kerosene una mujer barría la vereda. Peti se enjugó el sudor del cuello con un pañuelo de papel. Habían anunciado que a las doce terminaría la huelga. Le hubiera gustado saber cómo eran los besos de Ana Luisa Perelman, pero para hacer esa pregunta no le alcanzaba el valor. Ahora me siento, se dijo, y me pinto un rato los labios. Mientras buscaba el espejo se puso a silbar una canción sentimental.



NARIZ DE AGUILA

Por **COPI**

¿A quién le interesaría comprarme?
¡En un circo, me comería hasta al elefante!
¡Te venderé a un museo!
¡Pasarás el resto de tus días detrás de un cristal!
¡Y vales mucho dinero, mi pequeño tótem!
¡Y con el dinero, me compraré un rebaño de bizontes!

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Te he atrapado!
¡Ah, no, por favor! ¡Piedad!
¡Oh!
¡Y en lugar de ti haré construir una capilla!
¡La Virgen María sólo consume cirios!
¡Qué herejía!

¡Cierra la boca, Nariz de Patata!
¡Tú serás sacristán!
¡Eh, cálmate, Nariz de Aguila!
¡Me está arruinando!
Voy a contarte una vieja historia...
¡Hace miles de años, en lugar de mí había un cactus!

Un buen día, llegó un águila.
En aquel tiempo, las águilas y los cactus mantenían buenas relaciones.
¡HOLA!
Las águilas comían las flores de los cactus...
Y después se orinaban al pie del cactus.
Su orina daba a los cactus unos poderes sobrenaturales.
Ese cactus se imaginó al águila casi como yo te veo.

EDITORIAL ANAGRAMA

CONTINUARA

JUEGOS

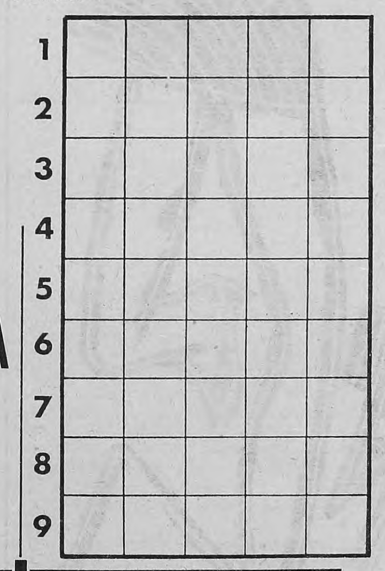
8 "LA SOPA DEL 7"

O	L	M	E	R	O	N	E	M	R
C	J	V	A	F	P	I	S	T	O
A	E	R	I	E	U	T	E	A	M
N	D	R	H	B	S	A	B	L	J
O	G	O	T	H	U	T	I	S	E
R	E	R	J	S	F	Ñ	R	G	C
E	W	E	A	L	A	R	M	O	T
N	F	T	I	B	T	S	N	F	V
I	C	R	L	S	E	T	S	A	I
D	E	Á	C	E	A	R	G	F	L
R	P	C	O	B	J	N	C	I	E
A	F	I	L	A	D	O	R	S	C
J	C	E	H	M	A	I	C	R	A

Encuentre 7 tipos de números que pueden estar escritos en horizontal, vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

8 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primera palabra resultan "transformadas".



DEFINICIONES

1. Pez de río.
2. Valla, tapia.
3. De cera (fem.).
4. Pone cara a cara.
5. Femenino de Carlos.
6. Hace silencio.
7. Escultura de madera.
8. Organo de las plantas.
9. Macho de la gallina.

8 NUMERO OCULTO

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
1	2	8	4	2	0
3	1	9	4	0	2
3	6	2	7	1	0
5	6	9	0	0	1

				B	R
				4	0
3	8	0	1	1	1
4	8	2	9	0	2
7	9	0	2	0	2
9	4	5	6	0	2

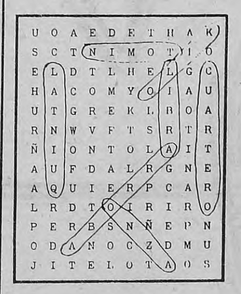
SOLUCIONES

7

"TRANSFORMACION"

COLOR
COLON
COLIN
COPIN
COPIA
CORIA
CARIA
CARCA
MARCA

"LA SOPA DEL 7"



U	O	A	E	D	E	T	H	A	K
S	C	T	N	I	M	O	T	Í	O
E	L	D	T	L	H	E	L	G	C
H	A	C	O	M	Y	O	I	A	U
U	T	G	R	E	K	L	B	O	A
R	N	W	V	F	T	S	R	T	R
Ñ	I	O	N	T	O	L	A	I	T
A	U	F	D	A	L	R	G	N	E
A	Q	U	I	E	R	P	C	A	R
L	R	D	T	O	I	R	I	R	O
P	E	R	B	S	N	Ñ	E	P	N
O	D	A	N	O	C	Z	D	M	U
J	I	T	E	L	O	T	A	O	S

"NUMERO OCULTO"

1. 3417
2. 6483